

Sin humanidades no hay universidad

Clelia Martínez Maza

Rocío Suárez Vallejo

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Málaga

HACE MEDIO SIGLO LAS DISTINTAS disciplinas que integran los estudios en humanidades tenían un discreto protagonismo en la docencia universitaria y su supervivencia y cierto prestigio eran resultado de su condición de custodias y garantes de nuestro pasado y de nuestro patrimonio intelectual. En la investigación, sin embargo, en muchos de los ámbitos del conocimiento humanístico, se estaba aún construyendo la disciplina en España, observando lo que se hacía en los países de nuestro entorno con la humildad propia del que sabe que todavía queda mucho camino por recorrer. La falta de recursos técnicos no impedía que los planteamientos metodológicos fueran brillantes y así fueron reconocidos en los circuitos intelectuales internacionales. Hoy en día, las tornas han cambiado: por un lado, frente a una investigación que hace 50 años se concentraba de manera casi exclusiva en los centros universitarios de mayor tradición, casi siempre capitalinos, la actividad científica en humanidades en universidades que antes se consideraban periféricas, como

es el caso de la Universidad de Málaga, compite actualmente en igualdad de condiciones con los grandes centros europeos. Por otro lado, sin embargo, asistimos con impotencia a cierto desinterés, por no decir desdén social, hacia la formación académica en cualquiera de los grados que conforman nuestro campo de estudio, que se mantienen contra viento y marea como una oferta sólida, variada y en constante crecimiento en nuestra facultad, sobre todo, por el compromiso institucional que se ha traducido no solo en la disposición de cuantos recursos son posibles (aunque no sean suficientes), sino también en una apuesta firme en la defensa de las humanidades como pieza imprescindible de la misión y los valores que rigen nuestra universidad.

A nadie debe extrañar, por ello, que comencemos nuestra reflexión sobre el futuro de las humanidades en nuestra universidad denunciando las continuas agresiones que la sociedad actual dirige hacia nuestro campo de estudio. Puede sonar repetitivo y hasta fastidioso volver

a hacer hincapié en esta idea, sobre todo cuando son numerosas las voces de autoridad que se alzan en esta defensa, pero el hecho de que no se constate ningún freno a esta amenazante tendencia (más bien, asistimos a su avance) nos obliga a expresarnos de forma insistente y cada vez con un tono de mayor alarma.

Todos hemos tenido que enfrentarnos en más de una ocasión a la displicencia con la que son tratados los estudios humanísticos por considerar que la única vía en la que pueden materializarse en el mercado laboral es la enseñanza, como si esta fuera su justificación primera y única, lo que redundaría en esa imagen de formación subsidiaria que ha sido interiorizada por la sociedad y que perpetúa la inutilidad de las humanidades en la formación universitaria.

A simple vista, además, no parecen nuestros estudios ámbitos que generen beneficios, al menos desde un punto de vista económico. Dados los altos costes de la enseñanza y la ausencia de aplicación práctica inmediata como objetivo prioritario, su rentabilidad puede parecer escasa. En una sociedad que sobrevalora la formación técnica tampoco parece una inversión atractiva para el estudiante. A ello hay que unir la percepción dominante, incluso en el propio ámbito universitario, de que las humanidades no constituyen un conocimiento que se pueda identificar como ciencia.

No es mal momento para volver a recordar que las distintas disciplinas que se incluyen dentro de lo que conocemos como humanidades son ciencias en el más estricto sentido de la palabra. Sus conocimientos son obtenidos mediante la observación y el razonamiento, son sistemáticamente estructurados, se deducen principios y leyes generales y se aplica un método riguroso que da sentido a los procesos. No parece mal momento tampoco para recordar que este es el espíritu que guía nuestros estudios cuando, tan solo recientemente y solo en algunas instituciones, conmemoraciones como el día de

la mujer y la niña en la ciencia, cada 11 de febrero, incorporan y reconocen el papel de las investigadoras de nuestro ámbito de conocimiento.

La deriva de las humanidades

Qué duda cabe que el frenesí tecnológico ha llegado a hacernos pensar que todo lo que no tiene aplicabilidad tecnológica carece de valor. El hecho de que asignaturas como el latín o el griego se pierdan bajo un mar de optativas dentro de la última ley educativa hasta llegar a desaparecer puede parecer, a priori, una cuestión accesorio; asignaturas de segunda que pueden y, de hecho, son sustituidas por otras de utilidad, supuestamente más práctica y evidente.

Esta circunstancia no es más que la punta de un iceberg que prelude la desaparición del itinerario humanístico, tiene implicaciones poco o nada meditadas, y son reflejo de una sociedad que cada vez se asombra y angustia menos ante decisiones de esta trascendencia y las justifica como una adecuación necesaria para adaptarse a las demandas del nuevo orden de los tiempos. Cuando el último objetivo es formar a profesionales competitivos en el mundo del hoy no resulta extraño esgrimir argumentaciones de esta naturaleza: solo lo que tiene una aplicación inmediata es valorado, aquello con carácter instrumental es lo práctico, lo que tiene éxito es lo inmediato. Este tipo de disquisiciones simplistas no permiten reconocer, ni incitan a una reflexión suficiente, sobre la importancia *de longue durée* que tienen los estudios humanísticos en la conformación del individuo ¿Realmente es necesario recordar el valor de las humanidades para comprender nuestro progreso como sociedad? Los debates que hacen avanzar a la sociedad, algunos tan actuales como la lucha feminista, los derechos LGTBI, los derechos del trabajador, las distintas formas de explotación encubiertas, etc. son resultado de cuestionarse cómo es la realidad, como fue, como debería ser y hacia dónde debe avanzar. Las ciencias

«Las distintas disciplinas que se incluyen dentro de lo que conocemos como humanidades son ciencias en el más estricto sentido de la palabra. Sus conocimientos son obtenidos mediante la observación y el razonamiento, son sistemáticamente estructurados, se deducen principios y leyes generales y se aplica un método riguroso que da sentido a los procesos.»

humanas son condición *sine qua non* para la necesaria transformación social y, por lo tanto, su presencia no puede discutirse en la construcción del mañana en el que la Universidad ocupa, por derecho propio, un papel insoslayable.

No obstante, las humanidades no han ignorado los sucesivos avances tecnológicos y se han mostrado abiertas a integrarlos y a optimizar su uso en su propio beneficio. Las novedades en base de datos, Big Data, repositorios académicos, realidad virtual, redes sociales, se han ido implementando poco a poco en la realidad académica, desde la educación primaria hasta la universitaria. Resultan incuestionables las innumerables ventajas de su uso, ya que ponen a nuestra disposición una gran cantidad de datos que son más accesibles ahora que antaño y que, a fin de cuentas, redundan en la velocidad de la investigación, algo exigido en una sociedad que a veces parece moverse a un ritmo desbocado.

Las humanidades han sabido incorporar dichos avances tecnológicos y gracias a estos se han podido emprender investigaciones impensables hace unos años. Así sucede, por ejemplo, en la investigación de ámbitos como la Historia o la Historia del Arte donde la explotación de los datos recopilados y la aplicación de nuevas metodologías han permitido un análisis social o ideológico impensables si se hubieran utilizado los recursos tradicionales. Del mismo modo, en el campo de la lingüística, y muy especialmente en el ámbito de la lexicografía se han logrado avances sustanciales gracias a herramientas informáticas que permiten manejar un gran volumen de datos de variada naturaleza, incluidas también nuevas fuentes de información y la digitalización de las tradicionales. La recopilación documental y la organización de los datos así logradas han resultado esenciales, por ejemplo, para ahorrar tiempo y esfuerzo en la elaboración de *corpora*.

Precisamente por el marcado protagonismo de las herramientas tecnológicas

y la forzada visibilidad que en ocasiones exhiben, conviene, más que nunca, no olvidar que la parte sustantiva de toda investigación sigue y seguirá siendo la creatividad y el rigor académico, también en el ámbito de las humanidades. Porque nuestros saberes no se definen por un espíritu enciclopedista (a pesar de la imagen que la mirada ajena traslada de nuestra labor) y estos recursos tecnológicos deben ser reconocidos en su justa dimensión por su función auxiliar, como meros instrumentos en la labor investigadora y no pueden constituir un fin en sí mismos. El apoyo excesivo en la tecnología puede llevarnos a equívocos y olvidar la importancia de la curiosidad, la reflexión y el conocimiento que está en la esencia de las humanidades. El problema muchas veces viene dado porque las tecnologías han surgido en primer lugar y luego se han volcado en el terreno educativo, por lo que, muchas veces, se ha planteado a posteriori cómo trabajar con ellas y cuáles son sus posibles ventajas e inconvenientes. Esto ha generado su uso inadecuado ya que la investigación académica no ha conseguido ponerse al día de los «cómo», los «qué» y los «por qué» de la sociedad basada en Internet con una adecuada producción de estudios empíricos¹.

Su beneficio depende de las posibilidades que ofrecen, y estas solo surgen de nuevas formas de abordar esa documentación, nuevas preguntas y nuevas miradas a los problemas que constituyen el fundamento de nuestras distintas disciplinas. Todos estos nuevos instrumentos solo aportan valor cualitativo, por lo tanto, si están pertrechados de nuevas formas de aprehender la realidad. De nada sirve las metodologías más innovadoras si para entender nuestra realidad actual planteamos las mismas preguntas que las formuladas hace cincuenta años.

El cientifismo también ha contaminado nuestro máspreciado instrumento de

1 M. Castells, *La Galaxia Internet*, Barcelona, 2001, p. 17.

Las humanidades deben conversar con las nuevas tecnologías, pero más que someterse a ellas, deben incorporarlas atendiendo a su verdadera condición de herramientas, como un auxiliar legítimo, pero no un sustituto del espíritu creativo que rige toda actividad científica.

expresión, la palabra escrita, y, así lo muestran algunos estudios que, desde el ámbito de la filología han permitido comprobar, cómo se ha ido reconfigurando el discurso científico para adaptarlo a los usos y normas de redacción propios de las ciencias experimentales. Así, asistimos a un creciente abuso en nuestro lenguaje científico de oraciones muy cortas, influencia del estilo anglosajón, en aras de una pretendida apariencia más objetiva, entendiendo esta, además, como el culmen de la expresión científica y arrumbando los periodos subordinados propios de nuestra lengua, que tanta riqueza de matices proporcionan al análisis y a la reflexión en las ciencias humanísticas. El discurso no se hace más claro mediante la exposición de una hipótesis a través de enunciados fragmentados, secuenciados a la fuerza. Al contrario, estos dificultan el desarrollo coherente y en profundidad de una idea y, con ello, la comprensión de los fenómenos estudiados y de una realidad que, poliédrica, ha de ser enunciada reflejando toda su complejidad.

Otros vicios se han instalado con el fin de estandarizar nuestro texto científico, en la falsa creencia de que esta fisonomía única, fría y homogénea, equivale a un mayor rigor y objetividad y olvidando el efecto epistémico que tiene la escritura. Gracias a este acto somos capaces de dar su forma primera a una hipótesis y generar otras nuevas, encaminamos nuestra reflexión, organizamos nuestros argumentos, y los pulimos, y quedan validados después de adelantarnos a las posibles críticas de nuestros

interlocutores para darles respuesta. En definitiva, el texto escrito, más que un simple medio de expresión, desarrolla nuestro saber y estimula nuestro espíritu creativo. El empleo de frases hechas para conectar ideas, el abandono de la sinonimia, la secuenciación automatizada del discurso en apartados, (introducción, transición y conclusiones), en una articulación que hace unas décadas ni era exigida ni se consideraba como ahora un atributo imprescindible en nuestras aportaciones científicas, comienzan a dominar de manera preocupante los trabajos de nuestras disciplinas y uniformizan no solo nuestra herramienta de trabajo sino también, y lo que es más alarmante, nuestra forma de pensar y, con ello, de observar la realidad y reflexionar sobre ella.

Un efecto secundario añadido que la impronta de las ciencias experimentales ha dejado en nuestras disciplinas ha sido el monopolio de la denominada «cultura del paper» y, consecutivamente el abandono del libro como producto final de una investigación competitiva.

El libro ha sido siempre una de nuestras más profundas señas de expresión, un espacio proclive a que el investigador en humanidades aborde el análisis científico con mirada más amplia, presente argumentos complejos interconectados, pueda debatir y replicar las distintas hipótesis del fenómeno analizado, y ofrecer finalmente su propia visión global sobre un problema dado. A pesar del prestigio del que aún goza, al menos entre los especialistas sénior, ha sido progresivamente abandonado como cauce de expresión, sobre todo entre las nuevas generaciones por emulación de sus compañeros de las ciencias experimentales y, fundamentalmente, por el escaso reconocimiento que en la carrera académica e investigadora se le concede al esfuerzo que supone su redacción. Para que vuelva a ser un producto científico de prestigio, habría que compensar el enorme esfuerzo y competencias que requiere

con un reconocimiento adecuado. Poco a poco se trabaja para que así suceda al menos en la evaluación de nuestra actividad científica y en los procesos de consolidación de la carrera académica, en los que se consideran estas aportaciones como indudables contribuciones al avance del conocimiento. Falta por devolver al libro su lugar en la ciencia también en el imaginario colectivo, en el que se tiende a asociar los avances científicos con los trabajos bajo forma de artículos y percibir el libro como un terreno abonado a la especulación y a la creación literaria.

Nuevos retos, nuevas oportunidades

Como ya hemos insistido páginas atrás, no cabe duda de que las humanidades deben conversar con las nuevas tecnologías, pero más que someterse a ellas, deben incorporarlas atendiendo a su verdadera condición de herramientas, como un auxiliar legítimo, pero no un sustituto del espíritu creativo que rige toda actividad científica. La necesidad de estar a la vanguardia tecnológica no puede significar un «adiós a la razón»².

33

Con respecto al omnipresente procesamiento de datos masivos no podemos olvidar que los datos no son objetivos, llevan una carga ideológica inherente de la sociedad de la que proceden, son interpretados y procesados en otra y nunca poseemos además la totalidad de los datos disponibles, por lo que el investigador en humanidades tiene mucho que decir sobre las implicaciones de su uso³. Efectivamente, pueden y deben usarse con responsabilidad, pero no debemos olvidar que estas herramientas, como cualquier otra, o agilizan y corroboran lo bueno o perpetúan lo malo («garbage in, garbage out»).

2 P. Feyerabend, *Adiós a la razón*, Madrid, 1984.

3 A. Rojas, «Big Data en las humanidades digitales. Nuevas Conversaciones en el contexto académico global», *Anuario AC/E de Cultura Digital: Cultura inteligente: Análisis de tendencias digitales. Focus: el uso de tecnologías digitales en la conservación, análisis y difusión del patrimonio cultural*, 2017, p. 73.

Por lo tanto, la mayor o menor calidad en la investigación y su carácter más o menos innovador no vendrá dado por la simple utilización de nuevos recursos tecnológicos y estos mismos tampoco van a generar *per se* un producto de mayor calidad si se yerra en lo esencial. Como ya hemos dicho, de nada sirve la aplicación de estos recursos como nuevas herramientas en el trabajo científico si el objeto de estudio se sigue abordando con los mismos planteamientos metodológicos de hace medio siglo, con las mismas preguntas que entonces, unas preguntas que ya no dan respuestas a las demandas de la sociedad actual.

En el futuro, nuestra investigación no debe contar únicamente con herramientas cada vez más sofisticadas, sino que, en primera instancia, tiene que afrontar un cambio de mentalidad que permita responder a nuevos retos. Para ello, las humanidades, deben incorporar, a su tradicional análisis crítico de los datos, enfoques de otras ciencias que nutran y den nuevas perspectivas y puntos de apoyo desde los que surjan nuevos comienzos y sean la base de futuras investigaciones. Esta unidad de conocimiento no cabe duda que permitirá una sensibilidad mayor en el análisis de nuestra realidad, explicaciones más completas y una reflexión crítica y, además, constructiva.

Sin embargo, la rigidez impuesta por los sistemas educativos no favorece una formación interdisciplinar, una dimensión que, considerada como el rumbo al que debe orientarse la actividad científica actual y del futuro, se aplica con cierta ligereza y cuyo abuso ha terminado por desnaturalizar su significado. No se trata de un conocimiento por agregación y mucho menos por acumulación de instrumentos de análisis. Se trata de formar a nuestros estudiantes en un conocimiento integral. La búsqueda de este resulta esencial, está en la base de una buena investigación y permite dar respuesta a los nuevos interrogantes para los que la sociedad demanda respuesta.

Sin embargo, y aun cuando son cada vez más las voces en contra de la dicotomía ciencias/humanidades, esta se mantiene como una imposición que fuerza a los estudiantes adolescentes a concentrar sus esfuerzos en un lado de la balanza y les aleja de la otra, aunque no hayan tenido tiempo aún para probar, experimentar y saber qué es lo que realmente les inspira. Resulta difícil una universidad distinta cuando los currículos de nuestros estudiantes ya vienen modelados con tanta rigidez desde los niveles educativos anteriores. A pesar de ello, tenemos la responsabilidad de abrir ese horizonte y defender una forma de hacer ciencia y de enseñarla que trascienda la necesidad de ofrecer a corto plazo un producto concreto.

Un gran reto que requiere de un renovado compromiso de nuestras disciplinas es la generación del conocimiento en español, y la defensa de su empleo como lengua de comunicación científica frente al monopolio del inglés como lengua franca que ha ido abduciendo y monopolizando los canales de expresión de nuestra actividad científica.

Nuestros ámbitos de conocimiento se alimentan de tradiciones muy distintas en las que no siempre los circuitos anglófonos han sido los más prestigiosos y de mayor tradición. Si comprobamos las competencias lingüísticas que han de adquirir nuestros doctorandos, que no solo han de hacer del inglés sus vehículo de comunicación (con frecuencia es así por motivos académicos y administrativos más que por pura necesidad científica), sino que han de dominar, según su campo de conocimiento, el italiano, el alemán, el francés o todos ellos al tiempo, para, al menos tener acceso a la tradición científica de su ámbito de estudio, queda demostrada la variedad de expresión comunicativa que poseen las humanidades frente al riguroso monopolio del inglés en las ciencias experimentales.

Desde las humanidades, también debemos promover el español como lengua científica no solo para generar conocimiento en nuestra lengua sino además para enriquecerla. Una lengua sin ciencia es una lengua incompleta, y una cultura sin lenguaje científico es una cultura sin futuro⁴. Por ello, resulta fundamental impulsar el uso del español en las publicaciones científicas, y su importancia estratégica es tal que se ha plasmado en dos grandes proyectos financiados por el Gobierno y que forman parte del eje de ciencia en español. Dotados con 130 millones de euros, están orientados a promover la divulgación científica y a la generación de conocimiento y consolidación del español como lengua de comunicación científica. Uno de estos dos grandes proyectos incide en la trascendencia de la divulgación científica, una de las grandes oportunidades de las humanidades para acercarse a la ciudadanía, revertir estereotipos acerca de nuestra actividad y ofrecer respuestas científicas como réplica eficaz contra la desinformación. La dificultad aquí viene dada porque el público, aunque pueda mostrar interés, es bien diferente del estudiantado de nuestras aulas y en este otro ambiente hay que aprender a despojarse del lenguaje blindado que nos identifica formalmente como especialistas, saber llegar a los que nos escuchan y no solo dar conocimiento sino también herramientas que puedan emplearse para conocer y analizar el presente. Se puede y se debe ofrecer ciencia a la ciudadanía con una mirada fresca y actual, y el éxito de especialistas de gran prestigio universitario como Mary Beard en su labor divulgadora sigue demostrando la importancia de formar, también desde estos otros canales no académicos, a la ciudadanía, y el papel esencial de las humanidades para fomentar el espíritu crítico.

4 Son palabras de José Antonio Sacristán, «La ciencia compartida en español», *Revista de Occidente*, 463, 2019, p. 6.

Una gran oportunidad nos ha llegado de manera imprevista y dolorosa: estos dos largos años en los que hemos sufrido los estragos de la pandemia hemos reconocido de manera unánime en dos elementos esenciales el fundamento de nuestro bienestar social: el derecho a la salud y el derecho al conocimiento, y sobre todo y de manera sorprendente a ese conocimiento nuestro considerado inútil porque no parecía tener una aplicación práctica inmediata. No solo durante los primeros meses de encierro, sino a lo largo del primer año de pandemia, ante un futuro perturbador como nunca antes, la sociedad miró al pasado: para buscar la respuesta dada ante situaciones semejantes, examinar el papel del Estado ante emergencias similares, el desarrollo léxico y literario que dio recipiente a esa misma angustia en otros tiempos, y también y sobre todo para encontrar alivio y calma. Y, a modo de bumerán, las preguntas con las que interrogábamos al pasado nos remitían a nuestra responsabilidad como sociedad en el presente. Quienes cultivaron durante estos dos años nuestros saberes tuvieron, sin duda alguna, más instrumentos para atenuar el dolor y más herramientas para entender la realidad. Así puede entenderse que creciera exponencialmente la lectura de obras como *El infinito en un junco* (con 150.000 ejemplares vendidos, 26 ediciones y traducido a 30 lenguas) o las descargas de las obras de Marco Aurelio y otros representantes del estoicismo. No hay prueba más sorprendente de la necesidad de restañar nuestras heridas con esos saberes poco rentables que el éxito de la aparición de filósofos como Javier Gomá en los programas de máxima audiencia de Telecinco para hablar de la muerte, de la responsabilidad del Estado, y del individuo, y de los valores básicos como sociedad. Estos saberes dieron alimento y sanaron nuestro espíritu, y nos dieron más satisfacción y serenidad que encontrar harina en el supermercado.

35

Ya Maquiavelo recordaba el alivio proporcionado por la lectura de los clásicos al terminar la jornada:

«Vestido decentemente, entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde – recibido por ellos amistosamente – me nutro con aquel alimento que es mi único alimento y para el cual nací: no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos con su humanidad me responden; durante cuatro horas no siento pesar alguno, me olvido de toda preocupación, no temo la pobreza, no me da miedo la muerte: me transfiero enteramente en ellos. Y como Dante dice que no hay ciencia si no se retiene lo que se ha aprendido, yo he tomado nota de aquello de lo que en mi conversación con ellos he hecho capital y he redactado un opúsculo».

Así nacería *El príncipe*, fruto de un diálogo continuo entre el pasado y el presente.

Pero aún hay más. Uno de los beneficios más perdurable de las humanidades es la capacidad de desarrollar un pensamiento autónomo y un espíritu crítico que puede ser aplicado a nuestro campo de conocimiento, pero, también, a la realidad que nos rodea y nos ofrece herramientas suficientes no solo para cuestionar nuestro pasado y presente. Porque necesitamos, tanto como el progreso tecnológico, individuos comprometidos con afrontar los retos del futuro de una forma sostenible y responsable, y con una sólida formación en los valores que transmiten las humanidades. Alcanzar este modelo de sociedad depende de una educación distinta, que alimente a las jóvenes generaciones y las haga crecer como una ciudadanía íntegra y activa en la defensa de la libertad, la igualdad la tolerancia, la solidaridad y el bien común, que son los principios que defiende nuestra universidad. ■